

14. El surgimiento de un huerto universitario en la Universidad Autónoma de Chiapas



LEONARDO ERNESTO ULISES CONTRERAS CORTÉS*

La solución de grandes problemas se encuentra en los sueños de abajo.

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.432.14>

Resumen

Este capítulo narra la experiencia de la implementación de un huerto educativo en 2015 como instrumento de aprendizaje y de reflexión, el cual permitió contestar de forma más ilustrativa las preguntas planteadas por los estudiantes, así como la explicación de conceptos elaborados, que transformé en categorías más sencillas. El establecimiento del huerto fue una idea anhelada por años. No era una designación institucional, sino la convicción de hacer algo por la salud del ambiente y la alimentación de las personas, además de la preocupación por el avance del concreto en la ciudad. De modo que lugares ocupados por huertos se convirtieran en espacios de esperanza.

Palabras clave: *espacios de vida, educación alternativa y huerto educativo.*

* Doctor en Ciencias en Estrategias para el Desarrollo Agrícola Regional. Catedrático de la Universidad Autónoma de Chiapas, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6215-4150> ; correo electrónico: eulises@unach.mx

El sueño caminando

El origen

Llegué a Chiapas en 1995. El contexto político era complejo; había movimientos sociales que luchaban por sus derechos. Era un año después del levantamiento zapatista. Como sociólogo rural, deseaba estudiar una maestría que me permitiera comprender lo que estaba ocurriendo, pero además proponer alternativas que permitieran salir del rezago a las comunidades indígenas. Fue así que tres años después obtuve el grado de maestro en ciencias y entonces me dediqué a trabajar en varias organizaciones no gubernamentales. A través de ellas, conocí varios territorios del estado. Viví de cerca la problemática socioeconómica de los pueblos, caracterizada por la desigualdad y la pobreza.

Durante los años noventa e inicios del siglo, me dediqué a promover proyectos de desarrollo que pudieran combatir problemas estructurales. Paralelamente empecé a impartir algunas horas de clases en la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, y observé que a pesar de ser un espacio académico en donde se pueden discutir diferentes puntos de vista, pocos estudiantes conocían la cruda realidad de su estado.

Les empecé a compartir mi experiencia práctica y profesional, sobre todo en la parte de la organización social, y a cambiarles la perspectiva de considerar a las comunidades no como objetos, sino como sujetos de cambio. Esta sensibilidad social, la apliqué durante muchos años, pero tenía un problema: al igual que las instituciones gubernamentales, seguían promoviendo programas desarrollistas, orientados a la implementación de proyectos productivos que generaran recursos económicos y así aliviar problemas estructurales como la pobreza, cuando la realidad es mucho más compleja. Entre 2006 y 2013 me fui del estado para realizar otros estudios, pero también seguía teniendo contacto con Chiapas.

En este ir y venir tuve la oportunidad de estar en la Sierra Norte de Puebla, donde conocí a la “Tosepan Titataniske”, una cooperativa de varios miles de socios. Impartí clases en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla, y desde ahí conocí otros modelos educativos como el del CESDER

(Centro de Estudios para el Desarrollo Rural) y UCIREN (Universidad Campesina Indígena en Red) donde cursé algunos créditos de un posgrado. En 2013, regresé a Chiapas con el ímpetu de promover una educación como herramienta que permita transformar realidades, pensando en todo momento que es con proyectos concretos, con personas como agentes de cambio y con una organización horizontal que se puede caminar hacia la gestión de autonomía.

La suma de ideas

Mi experiencia en el campo chiapaneco de 1995 a 2006 contribuyó a considerar a las personas como sujetos de cambio, y mis experiencias entre 2007 y 2013 en el estado de Puebla, tanto en la UIEP impartiendo clases como en el CESDER-UCI estudiando, me motivaron a replantear la idea desarrollista y cosificante que promueven las instituciones a través de la mayoría de proyectos sociales y que dejan fuera del centro a las personas. Estas inquietudes y reflexiones se canalizaron en el diplomado de “Alimentación, comunidad y aprendizaje”, en 2016 y 2017.

¡Eureka!, un descubrimiento ante mí: el huerto como un espacio que puede impulsar la enseñanza y el aprendizaje, en donde los estudiantes pudieran aportar y discutir ideas, además de construir relaciones sociales horizontales, diferentes a las que tradicionalmente se manifiestan en las aulas. El huerto es un espacio replicable, técnica, y socialmente en una ciudad media como San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.

Salirse de las aulas, para dar clase, fue un primer paso que confrontaba al sistema educativo tradicional, pasar de un espacio delimitado por cuatro paredes a uno en donde los estudiantes se sintieran con mayor libertad para expresar sus ideas, el sueño empezaba a nacer.

El motor del nacimiento

Pensar en implementar un modelo de educación diferente al tradicional, mis experiencias personales orientadas a la transformación social y la in-

fluencia del diplomado “Alimentación, comunidad y aprendizaje” que cursé en El Colegio de la Frontera Sur, fueron elementos que detonaron el diseño y establecimiento de un huerto. El reclamo estudiantil por una enseñanza más práctica que pudiera conducir a una comprensión más contextualizada y precisa de la realidad permitió que el Huerto Universitario se concibiera como una herramienta pedagógica que atravesara transversalmente la enseñanza universitaria, o al menos en las materias que impartía.

El proyecto del Huerto Universitario (HU) nació en agosto de 2015, no sin antes solicitar a la dirección de la Facultad el permiso para empezar a usar un espacio. Hubo buena voluntad de ambas partes y por lo mismo no existió un documento que respaldara nuestra posesión temporal del espacio, de modo que se plantearon dos objetivos fundamentales: ejercer una práctica pedagógica más interactiva entre profesores y estudiantes; y construir un espacio de reflexión relacionado a problemas socioambientales concretos. De modo que, en un espacio reducido, a partir de un razonamiento inductivo, se pudiera abordar y analizar temas de gran alcance como el hambre, la soberanía alimentaria o la falta de acceso a los bienes naturales, como el agua. Sobre este último tema, se cuestionó: ¿por qué al ser Chiapas un estado con muchos recursos naturales, incluyendo agua, el acceso a este bien es limitado en comunidades rurales y en ciudades de tamaño medio como San Cristóbal de Las Casas? Las respuestas eran de las más diversas, desde falta de planificación en la construcción de infraestructura, hasta el concepto de urbanismo que consiste en mercantilizar los espacios, más que pensar en el bienestar de las personas.

Durante las primeras prácticas de maestros y estudiantes, se sentía una relación más cordial, que rompía las barreras jerárquicas que impone la institución; el trabajo físico permitía una relación más horizontal, aunque había estudiantes a los que no les gustaba “ensuciarse” las manos. El reto era “enamorarlos” del proyecto y contribuir a construir una verdadera comunidad universitaria cuyas bases se fincaban en un proyecto común y sin lugar a dudas se compartían conocimientos.

En el primer lugar donde se estableció el huerto (2015), se deshirió para después sembrar semilla criolla, porque ésta es producto del manejo campesino transmitido de generación en generación. Las semillas producidas en el modelo agroindustrial son producidas con insumos químicos, es

decir, se convierten en una mercancía que se vende de acuerdo a la fluctuación del mercado. Este huerto permaneció dos años.

Posteriormente, en el 2017 el Huerto Universitario ocupó un nuevo espacio, al fondo de la institución —entre las dos cafeterías—. Técnicamente era un espacio poco apropiado porque había pasto, escombros y exceso de sombra; sin embargo, contaba al menos con la certeza de tener un documento que respaldaba el préstamo y la autorización por parte del director de la Facultad. Las prácticas transformaron el lugar de forma lenta; no había herramientas y las pocas que había eran prestadas. Por otro lado, se donaban semillas, plantas, así como trabajo de estudiantes y profesores. Ese mismo año llegó un financiamiento de parte de Fondos de Ayuda Solidaria (FASOL), recurso que impulsó las actividades del huerto: se construyó la infraestructura para el captador de agua de lluvia; se compraron materiales, herramientas agrícolas y tablas de madera para la elaboración de camas y de la composta. Con lo material resuelto, decidimos hacer trabajo colectivo, transformando un espacio abandonado en un lugar fértil y con plantas (figuras 1 y 2).

Figuras 1 y 2. *El Huerto Universitario entre las dos cafeterías de la Facultad de Ciencias Sociales UNACH (2017).*



Fuente: elaboración propia.

El financiamiento de FASOL fue una enseñanza para los estudiantes porque —les explique— que los recursos económicos son importantes en tanto que impulsan procesos sociales, son un elemento más, no son determinantes, porque si se sobrevaloran, en lugar de impulsar las actividades, pueden entorpecerlas. Como estudiantes de Ciencias Sociales, “[...]”

deben tener una lectura fina que les permita saber en qué aspectos el dinero fortalece el proceso de desarrollo del proyecto y en qué momento aplicarlo [...]”.

Conforme pasó el tiempo existieron opiniones adversas a las actividades agroecológicas que se realizaban en el huerto, debido en parte, a la forma de organización académica que se tiene en la facultad. Los programas de licenciatura comparten el campus, pero cada uno tiene su propio edificio y su desarrollo es independiente, sin tener relación una con otra. Aunado a ello, al interior de cada licenciatura no existen ejes transversales que impliquen la integración del conocimiento. En este sentido, la implementación de un huerto, se concibe como una iniciativa adicional y no como parte de una estrategia integrativa.

Desde la perspectiva estudiantil, se percibía que las prácticas físicas no tenían relación con la práctica profesional que pudieran ejercer los futuros egresados de las Ciencias Sociales. No se comprende que la actividad física de un proyecto como un huerto educativo es parte de un proceso organizativo, de conciencia y de gestión para involucrar a la sociedad. La visión desarrollista inculcada por los profesores, se hacía evidente cuando los jóvenes transportaban herramientas de trabajo al huerto y sus compañeros se burlaban. Existe la idea de que la Universidad no es para regresar al campo, sino para tener otra forma de vida que corresponda a un cierto “bienestar” material. Cuando la realidad es que el huerto es una herramienta de transformación social porque se puede, entre muchas cosas, mostrar que en pequeñas áreas se producen alimentos y medicina para la familia y en ese proceso se construye autonomía.

Campañas de información del HU y expansión del concepto

En parte de la comunidad universitaria existía la falta de comprensión sobre la importancia de tener un Huerto Universitario en una Facultad de Ciencias Sociales, por ello se inició una campaña que consistía en pasar de salón en salón para informar a los estudiantes sobre el objetivo e importancia del proyecto, al tiempo que se hicieron talleres relacionados a la alimentación sana.

Paralelamente a esta campaña de información, se difundieron mensajes relacionados al cuidado del ambiente a través de botellas de plástico PET transformadas en macetas que se colgaban en distintos puntos de la Facultad. En cada maceta se escribían textos con una orientación ecológica que implicara reflexiones como: “salud es vida”, “la conciencia es la mejor cosecha” y “comer verde es más sano que comer carne”. No sólo era mostrar una planta a la vista de la comunidad universitaria, sino dejar testimonio sobre la protección al ambiente.

Para febrero de 2018, y con ganas de seguir impulsando el Huerto Universitario, se presentaron en el auditorio de la Facultad los logros alcanzados hasta ese momento, ante representantes de organizaciones no gubernamentales, autoridades de la institución, profesores y la comunidad universitaria. Esos logros consistían principalmente en que el huerto tenía un lugar estable y sobre esa base se podía crecer.

El Huerto semilla en acción

Durante 2018, se contaba con el respaldo de la Universidad, de FASOL, LAB-VIDA y otras ONG (CAMADS y Agua y Vida) así como estudiantes de la Facultad. Todo ello nos hizo pensar en dar el siguiente paso que constituye parte de la filosofía del huerto, constituir el Huerto Universitario como “huerto semilla”. Se buscaba replicar la experiencia en otros espacios. En ese sentido se comenzó a colaborar con la secundaria del barrio de Cuxtitali “Manuel Velasco Suárez”, después se colaboraría con la escuela primaria “Vicente Guerrero” de la colonia Nueva Esperanza. La idea era impulsar huertos educativos, con objetivos académicos, para impulsar el proceso de enseñanza y aprendizaje en escuelas de educación básica, a través de prácticas agroecológicas.

Paralelamente a este proceso de difusión hacia fuera, las actividades del Huerto Universitario continuaron y se orientaron al reforzamiento de la delimitación y embellecimiento de los espacios, lo cual se logró a partir de recibir una serie de talleres sobre permacultura, al trabajo y buenas relaciones con colectivos de estudiantes: “*Lekil Kuxlejal*”, anarquistas y grupo de estudiantes de Antropología.

Oportunidades en época de covid-19

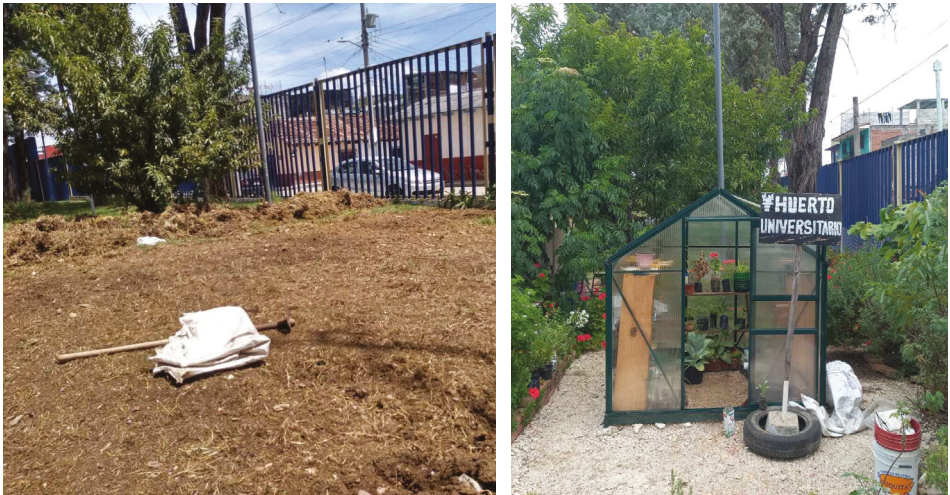
El 2020, año de la presencia del covid-19, trajo consigo una condición: la falta de movilidad ocasionaba el desabastecimiento de alimentos de las zonas rurales a las ciudades. Una primera oportunidad se presentó cuando se gestionó un espacio en donde se pudiera sembrar plantas. Se conversó con las autoridades de la Facultad y se propuso un lugar con vista a la calle, condición necesaria para que los vecinos pudieran visualizar el huerto.

En junio de 2020 se aprueba el préstamo del espacio, y al mes siguiente, se empieza a diseñar el huerto. Se hicieron cálculos del área que se ocuparía y se determinaron las primeras acciones, entre ellas el despaste de todo el terreno, ya que el pasto sobre las tierras provoca empobrecimiento del suelo. La siembra de las plantas conseguidas de diferentes lados —entre ellas del propio huerto familiar— tuvo como objetivo comenzar un proceso de apropiación del espacio; se cercó el terreno para evitar la entrada de animales que afectaran el crecimiento de las plantas, como había ocurrido en el pasado. Se delimitó un área aproximada de 50 m², dividida en dos camas rectangulares, una de ellas destinada a la siembra de hortalizas y la otra, para plantas medicinales; otro par de camas circulares para dos plantas: la chilchahua, planta endémica, conocida en la región por tener propiedades que combaten varios tipos de salmonela y por ello muy buscada; y en la delimitación de otro círculo se sembró chaya, planta alimenticia de clima caliente, con la esperanza de que creciera. El espacio no sólo se circunscribió a los 50 m² que consideraba la cerca, también se sembraron plantas ornamentales en las áreas laterales, lo cual mejoró la estética. Paralelamente a este proceso se gestionó y se armó un pequeño invernadero, de dimensiones reducidas 4 m² (2 × 2 metros), para producir plántulas que cuando crecieran, se donaran o trasplantaran a otros espacios, especialmente a escuelas o casas de vecinos. Metafóricamente, se le denominó el “corazón” del Huerto Universitario.

Una segunda oportunidad fue la visita durante los siguientes meses del equipo del Huerto a otras experiencias, entre ellas estuvo el huerto de El Colegio de la Frontera Sur, del que se observó el diseño de las camas, el material educativo y su interacción con los visitantes. Otro proyecto denomina-

do “El huerto de todos”, una iniciativa impulsada por un grupo de personas de la sociedad civil que trabajan en un espacio perteneciente al Museo de Medicina Maya Tradicional, cuya estructura organizacional se fundamenta en que todos trabajan y cooperan por igual para tener derecho al fruto de lo que siembran. Este colectivo tiene un terreno destinado a varias actividades, un invernadero de aproximadamente 500 m², una milpa sembrada en semi-círculos, un pozo de agua movido por una bicimáquina cuya energía es movida por alguna persona —esta máquina fue adquirida a otro colectivo de la sociedad civil y que también colaboran con ellos—. Además de la parte productiva, el huerto impulsa iniciativas culturales como talleres, proyección de películas, etc. Un aprendizaje de las visitas a otros proyectos fue que las alianzas no sean solamente con proyectos que desarrollen el mismo tema que nosotros, sino también con aquellos de otros ámbitos, con una visión emancipadora.

Figuras 3 y 4. Huerto Universitario en el nuevo lugar en junio de 2020 y marzo de 2021



Fuente: elaboración propia.

La tercera oportunidad se manifestó durante los primeros meses a partir de haberse establecido el huerto en un nuevo lugar. El trabajo realizado por la asesora técnica, dos becarios, más el coordinador, hizo que el terreno pasara de tener tres especies de plantas (pasto, maguey y eucalipto) a 40 es-

pecies diferentes de plantas, tanto exóticas como endémicas, y que al mismo tiempo atrajeron insectos polinizadores. Cuando los becarios estaban por concluir su periodo, se acercaron vecinos, que fueron voluntarios en el trabajo del mantenimiento del huerto, ésta era la cuarta oportunidad. En ese momento no nos habíamos percatado de su importancia y con el tiempo se convirtió en esperanza (figuras 3 y 4).

Escasez de dinero y fomento de otra economía

La falta de recursos económicos condujo a idear mecanismos que permitieran el sostenimiento del proyecto; en ese sentido, se planteó la alternativa de vender parte de la producción de plantas para tener un ingreso económico que permitiera la compra de los insumos necesarios. Entonces se buscó un espacio de mercadeo que implicara la comercialización de productos, pero que no tuviera sólo una perspectiva mercantilista, sino una economía social y solidaria, por ello se contactó a la Plaza Comunitaria —lugar de venta de productos locales y en muchos casos directamente por los productores—. En este espacio, las plantas del Huerto Universitario se empezaron a vender. La participación en la Plaza Comunitaria estaba supeditada a registrarse como comerciante tumista, mecanismo que funciona de la siguiente forma: del costo total de los productos, se considera pagar el 10 % con *tumin* —moneda alternativa local para el comercio comunitario—. Sin embargo, y como parte de la visión del proyecto del Huerto Universitario, se pensó en aceptar un porcentaje mayor, con la idea de ir promoviendo la sustitución de la moneda nacional por una alternativa que impacte en la construcción de cadenas productivas locales. La participación en Plaza Comunitaria permitió conocer el mercado del *tumin*, es promovido por “Otros Mundos”, organización de la sociedad civil que impulsa la economía solidaria.

Actores aliados del HU

El Huerto Universitario se convirtió en un espacio donde había alianzas de distinta naturaleza, una de las formas fue la donación de botellas de vidrio

por parte de empresas, las cuales sirvieron para hacer camas de cultivo. Al mismo tiempo, en mayo de 2021, FASOL (Fondos de Ayuda Solidaria) convocó junto con otras iniciativas a una evaluación sobre el desarrollo de los proyectos que financiaba, reunión en donde se conocieron otros proyectos afines con quienes se compartieron experiencias.

Paralelamente, el equipo del huerto tenía voluntarios estables. Situación que propició solicitudes para apoyar diferentes iniciativas por toda la ciudad. Así, por ejemplo, ocurrió que vecinos se contactaron con estudiantes de sociología y a su vez éstos con nosotros para que todos, y de forma coordinada, rehabilitáramos con nuevas plantas y diseño, el atrio de la iglesia del barrio de Guadalupe.

En octubre de 2021, a partir de la difusión del proyecto, nos invitaron a entrevistas en la radio. Definitivamente el proyecto tuvo mucho impacto en la ciudadanía. Por ello hicimos talleres específicos que permitieran reforzar el huerto. Por ejemplo, con un grupo de estudiantes de Sociología se elaboró *bocashi*, un fertilizante orgánico que enriquece la tierra. Además, con el equipo atendíamos a una primaria en el asesoramiento para el establecimiento de su propio huerto, y otras actividades similares.

Las alianzas se manifestaban en dos sentidos: uno con organizaciones de la sociedad civil, quienes nos proporcionaban insumos como botellas de vidrio; así como con otras organizaciones que tienen proyectos similares al propio, con quienes intercambiábamos experiencias que nos sirvieron para no cometer ciertos errores.

Reflexiones finales

El Huerto Universitario de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, nació con una idea científica, para ser un espacio pedagógico que ayudara a los procesos de enseñanza-aprendizaje, donde la multi-, la inter- y la transdisciplina fueran ejes que los atravesaran; y que además permitiera confrontar la teoría con la práctica. También muestra una idea humanista orientada hacia la construcción si no de una sociedad diferente, sí de las personas que colaboraron en el proyecto y quienes piensan en el cultivo no sólo de plantas sino de valores. Además de los aspectos

científicos y humanistas, dentro del Huerto se reflexionó sobre la importancia del ambiente y se adoptó la perspectiva agroecológica.

La época de crisis sanitaria provocada por el covid-19, orientó la dinámica del equipo Huerto Universitario para propiciar y construir oportunidades de articulación al interior del equipo, pero también con la ciudadanía. Fue un espacio donde se compartió la esperanza. En las adversidades, el acompañamiento colectivo puede significar la sobrevivencia espiritual.

En este sentido y de aquella época son los principales lazos afectivos que se manifestaron entre los propios miembros y se extendieron con la gente de la comunidad, además del vínculo emocional con los seres vivos del Huerto, reconociendo a la vida en las plantas y animales que viven en el huerto.

Finalmente, el tiempo de vida del Huerto Universitario muestra que este proyecto no surgió en respuesta a objetivos institucionales, sino a contextos específicos y que el propio proyecto se reinventa, orientándose sobre todo a las ideas colectivas que se traducen en sueños y esperanzas colectivas, que ciertamente transforman el entorno, y lo llegan a convertir en una “isla de vida”, que también transforma a los seres humanos que trabajan en ella.

Figura 5. *Presentación del libro Huertos en instituciones de educación superior: Relatos y experiencias desde México (abril de 2024)*



Fuente: elaboración propia.

Agradecimientos

Agradezco a todo el equipo con quien hemos compartido este sueño. Amparo, Manuela, Juan Carlos, Isai, Adriana, Jorge, Tania, Daniel, Juan Antonio, Mella, Silvestre, César, Reyna, Pablo y tantos más que me sería difícil mencionar a cada uno, pero sin su valioso apoyo fraterno, no hubiera sido posible este NUESTRO Huerto Universitario.

Referencias

- Ballester-Olmos, J. F. (1993). *La terapia hortícola en la rehabilitación de minusválidos psíquicos y físicos*. Institut Valencià de Serveis Socials.
- Herrero Solana, V. O. (2017). *Efectos de la terapia hortícola en la salud física, mental y social de las personas: Una revisión narrativa*. Universidad Autónoma de Madrid.
- Hazen, T. (s/f). Horticultural therapy program overview. *Legacy Health*. <https://www.legacyhealth.org>
- Ulrich, R. S. (1984). View through a window may influence recovery from surgery. *Science*, 224(4647), 420-421. <https://doi.org/10.1126/science.6143402>